

*Opinión de Arato, aprobada. – Entrega que éste hace del Acrocorinto a Antígono. – Toma de Argos por los aqueos. – Las conquistas logradas por Antígono. – Sorpresa de Cleómenes en Megalópolis.*

Luego de haber sido aprobado por todos el consejo de Arato, se decidió permanecer en el mismo estado (año -225) y que los aqueos solos hiciesen la actual guerra. Pero después que Ptolomeo, renunciando a la amistad de los aqueos, por depositar en los lacedemonios más esperanza que en éstos de poder malograr los intentos de los reyes de Macedonia, empezó a prestar auxilio a Cleómenes, con el fin de enemistarle con Antígono; y después que los aqueos venidos a las manos con Cleómenes en una jornada, fueron vencidos por primera vez junto a Liceo, deshechos por la segunda en batalla ordenada en los campos de Megalópolis llamados Ladoceos, donde fue muerto Lidíadas, y derrotados por completo por la tercera en Dime, no lejos de un sitio llamado Hecatombeo, quedando sobre el campo todo el pueblo; entonces no sufriendo ya más dilación los negocios, el peligro presente obligó a todos a acudir a Antígono. En esta ocasión le envió Arato a su hijo de embajador, y acabó de confirmar lo que tenía tratado sobre el socorro. Surgió la gran dificultad y embarazo de que ni el rey prestaría el auxilio a menos que se le devolviese el Acrocorinto y se le entregase la ciudad de Corinto para plaza de armas en la actual guerra, ni los aqueos se atreverían a poner en manos de los macedonios a los corintios contra su voluntad. Por eso esta resolución sufrió al principio algunas dilaciones, a fin de reflexionar mejor sobre sus seguridades.

Con estos favorables acontecimientos, Cleómenes había esparcido el terror y talaba impunemente las ciudades, atrayendo unas con halagos, y otras con amenazas. Tras haber tomado de este modo a Caria, Pelene, Feneo, Argos, Fliunte, Cleone, Epidauro, Hermión, Trecén, y por último a Corinto, sentó su campo frente a Sición. Este paso sacó a los aqueos de la mayor incertidumbre. Porque habiendo los corintios notificado al pretor Arato y a los aqueos que se retirasen de la ciudad, y enviado a llamar a Cleómenes, se les presentó una justa ocasión y pretexto de que se valió Arato para ofrecer a Antígono el Acrocorinto que ellos poseían. Con la entrega de esta ciudadela hizo desaparecer aquella pasada ofensa para con la casa real de Macedonia; dio una suficiente prueba de su futura

alianza y consiguientemente proveyó al rey de una fortaleza para la guerra contra los lacedemonios. Cleómenes, a quien ya sus esperanzas aseguraban la conquista toda del Peloponeso, conocido el tratado de los aqueos con Antígono, levantó el campo de Sición, sentó sus reales cerca del istmo y fortificó con trinchera y foso el espacio que media entre el Acrocorinto y los montes Oneas. Antígono, que ya se hallaba prevenido de antemano, y sólo aguardaba la ocasión según las instrucciones de Arato, coligiendo entonces de las noticias que le venían cuán cerca se encontraba Cleómenes y su ejército, envió a decir a Arato y a los aqueos, hallándose aún en Tesalia, que le asegurasen de lo prometido, y condujo su ejército hasta el istmo por Eubea. Porque los etolios, que tanto en otras ocasiones como al presente habían intentado prohibir a Antígono el socorro, le habían advertido no entrase en Pila con ejército, o de otro modo le impedirían el tránsito con las armas. Finalmente, Antígono y Cleómenes vinieron a sentar sus campos al frente uno de otro; aquél con el anhelo de entrar en el Peloponeso, y éste con el de prohibirle la entrada.

No obstante que los aqueos se hallaban en un estado deplorable, no por eso desistían de su proyecto, ni tenían perdidas sus esperanzas; por el contrario lo mismo fue declararse Aristóteles de Argos contra el partido de Cleómenes, que acudir ellos al socorro y tomar por trato la ciudad de Argos bajo la conducta de Timóxeno. Este suceso se debe reputar por la principal causa del restablecimiento de sus intereses. Esto fue lo que contuvo el ímpetu de Cleómenes y abatió el espíritu de sus tropas como se vio por los mismos hechos. Pues a pesar de haber tomado con anticipación los puestos más oportunos, tener una provisión más copiosa de pertrechos que Antígono y estar estimulado de mayor ardor y emulación, lo mismo fue darle parte de que los aqueos habían tomado a Argos, que abandonar precipitadamente las ventajas que hemos mencionado y hacer una retirada con honores de huida, temeroso de que los enemigos no le cortasen por todas partes. Más tarde se dejó caer sobre Argos, llevando a cabo algún esfuerzo por reconquistarla; pero rechazado por el valor de los aqueos y obstinación de los argivos que habían mudado de consejo, desistió del empeño, tomó el camino de Mantinea y tornó de este modo a Esparta.

Este retiro abrió a Antígono sin riesgo las puertas del Peloponeso y le hizo dueño del Acrocorinto. De aquí, sin detenerse ni un instante, se aprovechó de la ocasión y marchó a Argos, donde tras haber aplaudido a los habitantes y arreglado los asuntos de la ciudad, volvió al punto a mover el campo, dirigiendo su ruta hacia Arcadia. Desalojó después las guarniciones de los castillos que había construido Cleómenes en el país de los egios y belminates, y haciendo entrega de estos fuertes a los megalopolitanos llegó a Egio a la asamblea de los aqueos. Allí dio razón de su conducta y de lo que se había de realizar en adelante; posteriormente, elegido general por todos los aliados, pasó una parte del invierno en las cercanías de Sición y de Corinto.

Llegada la primavera (año -224), tomó el ejército y salió a campaña. Al tercer día llegó a Tegea, donde acudieron también los aqueos, y sentados sus reales empezó el asedio de esta ciudad. Los macedonios estrecharon tan vivamente el cerco con todo género de máquinas y minas, que al instante los de Tegea, sin esperanza de remedio, se rindieron. No bien Antígono había asegurado la ciudad,

cuando emprendió otras operaciones y marchó sin dilación a la Laconia. Apenas se acercó a Cleómenes, que ya estaba aguardando en las fronteras de sus dominios, comenzó a probar y tentar sus fuerzas con algunas escaramuzas; pero advertido por sus batidores que la guarnición de Orcómeno venía en socorro de Cleómenes, levanta el campo al punto, marcha a allá y toma a viva fuerza esta ciudad al primer choque. Luego sienta sus reales alrededor de Mantinea y le pone sitio. No tardó en apoderarse el miedo de la plaza y rendirse a los macedonios; con lo que, mudando el campo, se dirigió a Herea y Telfusa, ciudades que también tomó por voluntaria cesión de sus habitantes. Finalmente aproximándose ya el invierno, marchó a Egio a la asamblea de los aqueos, donde concedida licencia a los macedonios de ir a invernar a sus casas, él permaneció con los aqueos para tratar y deliberar sobre los negocios presentes.

Por entonces, observando Cleómenes que Antígono había licenciado sus tropas; que se había quedado en Egio únicamente con los extranjeros; que distaba de Megalópolis tres días de camino; que esta ciudad, a más de que su magnitud y despoblación la hacían difícil de guarnecer, a la sazón se hallaba mal custodiada por estar Antígono próximo y, principalmente, por haber perdido la vida en las batallas de Liceo y Ladocea la mayoría de los ciudadanos capaces de llevar las armas, se valió de unos fugitivos mesenios que vivían en Megalópolis, y con su ayuda entró una noche dentro de sus muros sin que nadie se apercibiese. Llegado el día, no sólo faltó poco para que el buen ánimo de los megalopolitanos le desalojase, sino que le puso a riesgo de una total derrota. El mismo lance le había ocurrido tres meses antes, por haber entrado con dolo por aquella parte de la ciudad llamada Coleo; pero entonces la multitud de sus tropas y la previa ocupación de los puestos ventajosos le pusieron a tiro de conseguir su intento. Al fin, arrojados los megalopolitanos, se apoderó de la ciudad, la que saqueó con tanta crueldad y rigor, que no quedó esperanza de poder volver a ser poblada. Creo que el haber usado Cleómenes de esta inhumanidad fue en venganza de no haber podido jamás en diferentes ocasiones hallar entre los megalopolitanos ni entre los estinfalios quien apoyase su partido, coadyuvase sus deseos ni fuese traidor a su patria. Únicamente entre los clitorios, gente amante de la libertad y valerosa, hubo un tal Tearques que se cubrió de esta infamia, y éste aseguran con razón los clitorios que no nació entre ellos, sino que era linaje supuesto de uno de los soldados extranjeros que habían venido de Orcómeno.